

VER A JESÚS



Visión de Elena G. White registrada en
Primeros escritos, pgs. 79-80



Me veía sentada con profunda desesperación; con el rostro oculto entre las manos, reflexionaba así:

Si Jesús estuviese en la tierra, iría a postrarme a sus pies y le manifestaría cuánto sufro. No me rechazaría. Tendría misericordia de mí, y por siempre le amaría y serviría.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un personaje de aspecto y porte hermosos. Me miró compasivamente, y dijo: “¿Deseas ver a Jesús? Está aquí, y puedes verle si quieres. Toma cuanto tengas y sígueme.



Oí esas palabras con gozo indecible, y alegremente recogí cuanto poseía, todas las cositas que apreciaba, y seguí a mi guía.



Me condujo a una escalera escarpada y de apariencia frágil.

Cuando empecé a subir los peldaños, me advirtió el guía que mantuviera la vista en alto, no fuese que me diesen vértigos y cayese. Muchos otros que trepaban por la escalinata caían antes de llegar a la cima.



**Finalmente llegamos al último peldaño,
y nos detuvimos ante una puerta.**

**Allí el guía me indicó que dejase cuanto
había traído conmigo. Lo depuse todo
alegremente.**

**Entonces el guía abrió la puerta, y me
mandó entrar.**



En un momento estuve delante de Jesús. No había error, pues aquella hermosa figura, aquella expresión de benevolencia y majestad, no podían ser de otro.

Cuando su mirada se posó sobre mí, supe en seguida que comprendía todas las vicisitudes de mi vida y todos mis íntimos pensamientos y emociones.



Traté de resguardarme de su mirada, pues me sentía incapaz de resistirla, pero él se me acercó sonriente, y posando su mano sobre mi cabeza, dijo: “No temas”.

El dulce sonido de su voz hizo vibrar mi corazón con una dicha que no había experimentado hasta entonces.



Mientras que allí yacía impedida, pasaron ante mi vista escenas de gloria y belleza, y me pareció haber alcanzado la salvación y la paz del cielo.

Estaba yo muy por demás gozosa para pronunciar una palabra, y así fue que, profundamente conmovida, caí postrada a sus pies.



Por último, recobradas las fuerzas, me levanté. Todavía me miraban los amorosos ojos de Jesús, cuya sonrisa inundaba de alegría mi alma. Su presencia despertaba en mí santa veneración e inefable amor.

Mi guía abrió entonces la puerta, y ambos salimos.

Me mandó que volviese a tomar todo lo que había dejado afuera.



Hecho esto, me dio un cordón verde bien enrollado. Me encargó que lo colocara cerca de mi corazón y que cuando deseara ver a Jesús, lo sacara de mi pecho y lo estirara al máximo. Me advirtió que no lo dejara mucho tiempo enrollado, a fin de evitar que se le hiciesen nudos y resultase difícil estirarlo.





Puse el cordón junto a mi corazón y gozosamente bajé la angosta escalera, alabando al Señor e indicando a cuantos se cruzaban en mi camino dónde podían encontrar a Jesús.

Este sueño me infundió esperanza. El cordón verde era para mí el símbolo de la fe y en mi alma alboreó la hermosa sencillez de la confianza en Dios.

